

Eje: Prácticas del lenguaje en relación con la literatura.
Capacidad: Comunicación.
Objetivo: Comentar obras leídas, pensando en otro/a lector/a considerando el tema, el autor, el lenguaje.

Contenido curricular: Lectura y comentario de obras literarias en torno a un mismo tema (los viajes, héroes y antihéroes, ritos de iniciación, el cuerpo, bestiarios, entre muchos otros), de manera compartida, intensiva y extensiva.

¿Cómo se construyen los espacios en una novela?

Antes de empezar

Leyra —novela del escritor argentino Pablo De Santis— narra la historia de una joven que es aceptada en un prestigioso y tradicional colegio orientado a la enseñanza del dibujo. En esta ficha, van a leer uno de los capítulos iniciales y van a reflexionar sobre la construcción de los espacios en las ficciones literarias.



1. Lean el capítulo 3 de la primera parte de *Leyra*.

Primera parte. La esgrima sutil

3

Su abuela la acompañó por las calles polvorientas. Siempre caminaba Leyra más rápido, y su abuela tenía que pedirle que no se apurara tanto. Pero hoy iba más atrás. Una nube de escarabajos voladores, pequeños y negros, había invadido el pueblo los últimos días, pero todos habían caído de pronto. Leyra ensayaba una vacilante coreografía para no pisar los minúsculos meteoritos.

Las botas eran rojas, con cordones negros.

Habían preparado los útiles durante todo el fin de semana, y su abuela había hecho una lista que no cesaba de repasar, temerosa de que la niña olvidara la tijera de acero, el sacapuntas de madera o el lápiz blanco, que nunca se gastaba porque no servía para nada. También cuadernos rayados, cuadernos cuadriculados o poblados de pentagramas. Todo encerrado en una vieja valija de cuero de la que emergía una regla de madera de un metro de largo.

Faltaba poco para llegar al instituto. Pasaron junto al edificio abandonado de la fábrica de tintas Témpe, que en un cartel oxidado mostraba su emblema: un cisne. Leyra hubiera querido que el camino se siguiera prolongando, que atravesara arroyos y árboles caídos, que diera

vueltas y regresara sobre sus pasos, alejándose para siempre de la meta. Pero al fin llegaron al Instituto de Dibujo y Caligrafía para Señoritas, con sus altas paredes grises y sus ventanas altas y angostas.

—Parece una cárcel —dijo entonces Leyra a su abuela.

—Más castillo que cárcel —respondió Vera. Habría querido encontrar una semejanza más tranquilizadora, pero no se le ocurrió.

Pasaron junto al buzón de la correspondencia, un gran sapo de bronce con la boca abierta, y subieron con paso inseguro los escalones de mármol, gastados en el centro y salpicados de musgo.

Fue su abuela la que hizo sonar el llamador. El puño de bronce era una delicada mano femenina y no parecía preparado para conmovir la gran hoja de roble, labrada con un motivo de lápices que se torcían. Y sin embargo el mínimo golpe retumbó con una fuerza que hubiera despertado a ogros de una siesta de siglos.

Abrió la puerta un hombre bajo, vestido con un pantalón verde sostenido por tiradores. Sobre la raída camisa celeste llevaba una corbata azul muy pequeña, como si fuera de esas corbatas de elástico que usan los niños para no tener que hacer el nudo. Tenía una sonrisa que parecía ensayada frente al espejo. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, con gomina, y unos lentes redondos que agrandaban sus ojos grises.

—Buen día, señor —dijo Vera—. Soy la señora Simonides. Leyra es mi nieta.

Como el hombre la miraba sin ninguna expresión, Vera dijo:

—Es una alumna nueva. Aquí tengo la carta de aceptación de la directora Lamarr.

El hombre de tiradores debía pertenecer al personal de servicio, pero por ahora era una autoridad superior, el encargado de franquearles el paso. La abuela metió la mano en la cartera como si no se atreviera del todo a mostrar la carta por temor a que esa ordenada colección de palabras azules se perdiera. Pero el hombre le dijo que no era necesario, que si las había dejado pasar era porque las estaba esperando. Que sabía quiénes eran.

—De otra manera no hubiera abierto la puerta. Aquí no son bienvenidos los visitantes inesperados. Aquí desconfiamos de la novedad y la sorpresa.

Y enseguida se presentó:

—Soy Aragón, portero y mayordomo, especialista en canillas que gotean y calderas a puntos de explotar, reparador de tejas y pupitres,

enderezador de cuadros torcidos, extirpador de telarañas y nidos de pájaros y exterminador de murciélagos.

Leyra miró a su abuela con ojos de súplica:

—Llévame, no quiero saber nada de este lugar.

Pero eran sus ojos los que hablaban, nos sus labios, que no decían nada, porque sabía que era inútil pedirle que volvieran a la casa. Su abuela le había explicado, en tardes repetidas, que las alumnas salían del Instituto Témpore con una habilidad extraordinaria para dibujar cualquier cosa, para dar vida a cada línea que trazaran. Las alumnas del instituto conseguían trabajo como calígrafos judiciales, como copistas de partituras, como dibujantes de figurines para las revistas de moda. Muchas eran contratadas para hacer bocetos de edificios y monumentos. Si no estudiaba en el instituto, Leyra tendría que salir a trabajar sirviendo el desayuno en el hotel Las alemanas, o atendiendo el kiosco de la estación de servicio, donde paraban los camioneros a comprar cigarrillos, chocolates y pastillas de menta.

—Quisiera saludar a la directora Lamarr —dijo Vera—. —Ella fue muy gentil al becar a Leyra. Nosotras no hubiéramos podido pagar...

Aragón negó con la cabeza y dijo en voz baja y con aire de confidencialidad:

—No conviene molestarla por nada que no sea un asunto de extrema gravedad.

—Aunque sea un segundo...

—Imposible.

Sin decir más Aragón se encaminó por un pasillo de techo alto, que las discretas lámparas no llegaban a iluminar. Lo siguieron. Leyra tuvo la impresión de que una nube flotaba en lo alto del pasillo, a punto de llover.

Llegaron a una sala empapelada de verde, con delgadas líneas de oro. Había un gran hogar de granito rojo, y detrás de una reja ardían unos leños de quebracho. En las paredes había fotografías de antiguas directoras, vicedirectoras, profesoras, todas con vestidos oscuros y cerrados hasta el cuello. Leyra y su abuela se pusieron a mirarlas, y las dos descubrieron lo mismo: algunas tenían la cara, el cuello o las manos marcadas por lo que parecía un signo (con forma de estrella, de luna, de cruz, de letra griega).

—¿Qué es esto que esta mujer tiene aquí? —preguntó la abuela, señalando la mejilla de una antigua directora, marcada con algo que

parecía una letra gamma. Apenas lo dijo notó que había cometido un error, porque en la voz de Aragón había un elemento de fastidio.

—Son viejas fotografías, de revelado o copiado imperfecto, mal papel y pésima emulsión. Se mojaron a causa de alguna gotera y fueron atacadas por hongos. Solo las conservamos por respeto al pasado.

—No son errores —dijo Vera—. Es alguna clase de marca...

Enseguida se arrepintió, porque el hombre se volvió hacia ella más fastidiado que antes.

—¿Sabe lo que dice la directora Lamarr de la fotografía?

—¿De cuál fotografía?

—De la fotografía en general. Del arte de la fotografía.

—¿Qué dice?

—Es la luz convertida en error. Por eso no acepta que la fotografien. Aragón señaló a Vera la dirección por donde habían venido.

—Y ahora, señora, la acompañaré hasta la salida.

Vera pareció arrepentida del largo proceso que había llevado a Leyra a esa sala de fotos apestadas por hongos o signos.

—¿Cuándo puedo volver a verla? —preguntó, con un tono de súplica.

—Conviene que el primer lapso sea prolongado.

—¿Cuánto?

—Tres meses.

—¿Tres meses sin verla?

La abuela parpadeó, porque en los últimos años no se había separado ni un día de su nieta y no sabía lo que era tenerla lejos. La abrazó. Leyra la apretó, como si no estuviera dispuesta a dejarla ir. Hubiera llorado, pero las lágrimas de su abuela la convencieron de no hacerlo, como si solo pudiera llorar una por vez.

—Tenés todos los útiles, ¿no es cierto? —preguntó la abuela, mientras se secaba las lágrimas—. La caja de madera, el sacapuntas, los lápices, las acuarelas, la regla y la escuadra.

Había repasado la lista cien veces.

—Tengo todo.

Y Aragón acompañó a Vera por el largo pasillo. Ella iba despacio, como si no se decidiera a partir.

Leyra se quedó sola en la sala verde con renglones dorados. Un reloj invisible hacía sonar un esforzado tictac.

Pablo De Santis (2018). *Leyra*. Buenos Aires, Santillana.

2. Leyra y su abuela Vera tienen opiniones distintas acerca del Instituto Témpore. Completen el siguiente cuadro con lo que piensa cada una; justifiquen con citas del texto.

	Leyra	Vera
¿Qué piensa del colegio? ¿Cómo se siente?		
Cita del texto		

3. Marquen en el texto los fragmentos en los que se describe el edificio del colegio. ¿Qué sensaciones provoca en los/as lectores/as? ¿Con qué género literario asocian estas descripciones?
4. ¿Qué elemento llama la atención de la abuela de Leyra? ¿Cómo reacciona Aragón? ¿Les parece que dice la verdad?

Antes de terminar

Busquen en internet fotos o dibujos que se parezcan al Instituto Témpore. Por ejemplo, pueden empezar buscando “colegio antiguo”, y refinar su búsqueda hasta encontrar un resultado que los/as convenza. Luego, compartan las imágenes con sus compañeros/as: ¿son similares entre sí? ¿Qué tienen en común y en qué se diferencian? ¿Qué palabras ingresaron en el buscador? ¿Tuvieron que realizar más de una búsqueda para encontrar su imagen?



Para profundizar

Otra novela de suspenso en la que es muy importante la descripción de los espacios es *El hormiguero*, de Sergio Aguirre. Si les interesa continuar reflexionando sobre este aspecto, pueden pedirla en la biblioteca de la escuela.

